

EL TÍO MILHOMBRES Y EL ANILLO DE LATÓN

por
ZHIVAGOYYO

Cuando en verano pasaba mis vacaciones en el pueblo, mi abuelo siempre me decía que "quien no ha bajado a lo más profundo de su alma no habrá dado nunca la vuelta al mundo". Lo que yo cavilaba en mi cabeza infantil en un mareante movimiento de tío vivo incapaz de descifrar el aforismo; pero como me lo decía cogiéndome la cara con sus manos ásperas de resinero y cálidas de cariño mirándome a los ojos con la bondad de la sombra de una noguera en verano y colocando sobre mi cabeza pelada a "flequillo" su boina, dignificada por el polvillo de la parva, creía a pies juntillas en ese galimatías que mi abuelo repetía: "Quien no ha bajado a lo más profundo de su alma..."

El abuelo no había salido nunca de Castilla la Nueva pero ahora estoy seguro de que sí había bajado al fondo de su alma y dado varias veces la vuelta al mundo, pues su afición desmedida por la lectura le había otorgado las alas sin parangón de las hojas impresas y lo sabía casi todo sobre el mundo, sus confines y sus fantasías.

Algo parecido a una vuelta al mundo fue ese viaje que hice montado a lomos de su yegua desde el pueblo a Vadillos hace ya más de cuarenta años. Yo cabalgaba y mi abuelo llevaba el ronzal haciendo el camino a pie. Para un pánfilo de la capital como yo el montar en una yegua como si fuera "Yeins Estiguar" o, mejor, "Yon Güein" era la mayor aventura con la que se podía soñar, y aquél viaje fue como ir de Oregón a Oklahoma pasando por el Alcor.

Fue en ese viaje por el "far west" de la serranía cuando mi abuelo me contó la historia del Tío Milhombres y el anillo de latón; supongo que para entretener la travesía o quizás para introducirme en esa encrucijada entre realidad y fantasía que sigo percibiendo, gozosamente, cada vez que vuelvo al pueblo.

"En tierras estancadas -comenzó la historia mi abuelo- había un noble que estaba profundamente insatisfecho con su vida. Nada le alegraba, ni siquiera unos ojos hermosos, ni las fiestas palaciegas, ni el arrebol del cielo en el crepúsculo. Leer le aburría como también le aburrían la música y las comedias. No encontraba consuelo ni respuesta a ese desasosiego que parasitaba en su corazón como un muérdago triste y voraz. Consultó a doctores y sabios aplicando los remedios que le prescribieron pero sin ningún efecto positivo. Como los meses pasaban por él como pavesas de nada el noble dio en rondar de noche, hundido en la pena, por el brocal del pozo de su jardín con negras intenciones fruto de su desesperación. Una de aquellas noches sin consuelo se asomó al pozo e introdujo en él la cabeza con el ánimo de poner fin a su sufrimiento arrojándose a la profundidad de las tinieblas. Cuando estaba a punto de tirarse escuchó una voz proveniente del pozo. Era la voz del agua: "¡Quieto!"-Dijo el rumor del agua-" ¡Ni se te ocurra tirarte!". El noble quedó paralizado y balbució: "¿Quién eres?". "Es el agua quien te habla y sé por experiencia que el fondo de este pozo no es el mejor camino para aliviar tu pesar". "¿Y cómo sabes cuál es mi pesar?" "Porque estoy harta de suicidas sin causa y tus problemas no se resuelven tirándote al vacío"-Respondió el agua- "¿Y cómo crees tú que se solucionan?" -Preguntó el noble incrédulo- "Sólo puedo decirte que la respuesta debes buscarla lejos de aquí, en el Tío Milhombres". "¿El Tío Milhombres! ¿Quién es semejante hombre y dónde lo puedo encontrar?" "No te puedo decir quién es eso lo debes descubrir tú, pero sí te puedo indicar el camino que debes recorrer para encontrarlo"

Esa misma mañana el noble se puso en marcha siguiendo las instrucciones del agua. En el primer tramo de su viaje llegó a una tierra árida de casas blancas y molinos de aspas, con grandes campos sembrados de cereal. Aunque no se parecía al paraje descrito por el agua preguntó a algunos vecinos por el paradero del Tío Milhombres, pero todos se encogían de hombros pues no

sabían a qué extraño hombre se refería el forastero. Tras largos días de camino llegó a una gran ciudad de casas suspendidas en la pared de la hoz de un río. Cruzó un gran puente y llegó hasta la Plaza Mayor en donde se encontraba la catedral, preguntando a los ciudadanos que por allí pasaban si conocían al Tío Milhombres, pero todos lo miraron extrañados y respondieron que nunca oyeron hablar de Tío tal. Salió de la ciudad y continuó el camino. Tras tres jornadas llegó a un pueblo llamado La Frontera y recordó las palabras del agua: "pasarás una frontera y tu destino hallarás siguiendo la feraz rivera". Alentado forzó la marcha y llegando a la orilla de un río que daba buena vida a las tierras que regaba, se asomó al cauce y nunca vio aguas tan cristalinas, puras y cantarinas en las que, seguro, vivían felices truchas y cachuelos, cangrejos y ranas, barbos y libélulas. Tuvo una corazonada y siguiendo aquél camino fluvial llegó a un puente y no pudiendo resistir bañarse se desnudo y se sumergió en aquellas aguas que parecieron purificar su cuerpo maltrecho por el viaje. Pero cuando salió del agua sus ropas habían desaparecido. Avergonzado se ocultó tras unos matorrales sentándose en una piedra que al contacto con su piel encontró cálida. Al poco sintió que la piedra se movía y una corza le dijo "¿Por qué molestas mi siesta?" El noble le contó lo sucedido y el animal respondió que nadie le había robado nada simplemente que para seguir el camino debía despojarse de lo superfluo y adentrarse en la senda como un recién nacido viene al mundo. El noble respondió "Pero y si alguien me ve, ¿qué excusa pongo?". La corza cerró los grandes ojos y dijo: "Nadie se asombrará de verte así, todos así llegaron y así todos marcharán" El noble, animado por las palabras del animal, reemprendió el camino y llegó a dos túneles horadados en la roca. Tras atravesarlos una aromática brisa de tomillo romero y espliego perfumó su cuerpo; entonces cerró los ojos y esa sensación balsámica llenó su alma desasosegada de paz. Siguió el camino hasta llegar a los pies de una enorme roca semejante a un castillo y bajó por una senda al arroyo a refrescarse. Entonces escuchó el silbido de un hombre que cavaba en una huerta. Su primera intención fue la de esconderse pero hizo caso a la corza y salió al encuentro del hortelano. Éste cuando lo vio apartó la azada y le dijo "Bienvenido forastero, bien se nota que es la primera vez que viene por estas tierras". Confundido el noble dijo "¿Cómo sabe usted que es la primera vez?" "¡Ea! ¿No lo había de saber?, pues por las ropas que lleva" El noble avergonzado se echó las manos al pubis; pero el campesino le dijo "No tenga apuro forastero todos los recién llegados han pasado por eso". El forastero armándose de valor preguntó "Señor... ¿conoce usted al Tío Milhombres?" El paisano sonrió, se rascó la cabeza debajo de la boina y le dijo "Mía tú que al Tío Milhombres toavía no lo conozco, pero conozco perfectamente al Tío Cientotreshombres" "¿Y cómo es que lo conoce usted?" " ¡Odo! Porque soy yo. Ande suba al camino y siga al pueblo, antes de llegar suba a un peñasco y en una covacha en la que vive una zorra encontrará ropas limpias pa aviarse" El noble trepó hasta la covacha y se vistió con ropas sencilla pero limpias: pantalón de pana, camisa blanca, muda holgada, calcetines de lana y para calzarse unas abarcas y, cómo no, una boina. A pesar de lo rústico de la indumentaria se sintió cómodo y no extrañó el tacto del raso y la seda de sus nobles vestimentas. Salió de la covacha vestido de lugareño y llegó al pie del pueblo. La paz parecía corretear por sus calles como un don natural. El agua bajaba por las acequias como una merecida dádiva y el noble, que venía de tierras estancadas, reconoció el rumor amigo. En todas las partes del pueblo las fuentes acaudaladas ofrecían su bien como un beso de vida. Las calles estaban limpias y las flores adornaban las lindes. Al cruzarse con los vecinos, afanados en las tareas ordinarias, todo el mundo sonreía y le daba los buenos días. Tras recorrer el pueblo bajó de nuevo al camino y vio que un grupo de resineros bajaba de una montaña en forma de cucurucho. Cuando llegaron a su altura el noble preguntó: "Amigos, ¿saben dónde podría encontrar al Tío Milhombres?" Todos sonrieron y uno dijo: "Al Tío Milhombres no pero al Tío Doscientoshombres sí que soy yo; y ese de ahí con bigote de galán es el Tío Cientoquincehombres y ese con pinta borrucho el

Ochocientosdoshombres..." Y así fue numerando a todos los de la cuadrilla. Entonces el noble les dijo "Pero es que yo necesito encontrar al Tío Milhombres pues sólo él tiene el remedio para mi mal". "No se apure"-respondió el del bigote de galán - "que su mal quedará avadao cuando de verdad se encuentre con el Tío Milhombres" E invitaron al noble a que los acompañaran a la taberna y allí bebieron vino y cerveza, rieron y cantaron. Luego fueron a rondar mozas y todos le ofrecieron su casa y sus viandas animándole a que se integrara en el pueblo. El noble, sensación tras sensación, fue recuperando el ánimo y conforme pasaban los días fue sintiéndose un ser distinto del que fue, con esta vida simple y plena, lejos del oropel y del tedio, de la sequía y del vacío. Tan integrado estaba que compró casa y, lo que es mejor, seguía los gráciles movimientos de una moza de ojos claros y pelo trigueño que bajaba la vista y sonreía cada vez que se cruzaba con él. Sin embargo seguía buscando al Tío Milhombres

Llegó el primer domingo de octubre y los hombres del pueblo antes de los actos de la fiesta decidieron reunirse en una cueva en la parte alta del pueblo. El noble estaba preocupado pues aun estando integrado en la comunidad no fue convocado a la reunión. Los reunidos tardaron poco en tomar el acuerdo y empezaron a escucharse en todo el pueblo el sonido de unas campanas, un sonido dulce pero extraño, como el canto de la toba, que provenía de la cueva. Al cabo de unos minutos las campanas dejaron de sonar y la comitiva de Tíos emprendió la bajada. Llegaron hasta la Huerta Bermeja que allí se encontraba el noble, y uno de ellos se aproximó y le dijo "Querido amigo, por acuerdo unánime en la reunión tenida en el día de hoy en la Cueva de las Campanas se ha decidido que yo el Tío Novecientosnoventaynuevehombres te nombre a ti el Tío Milhombres y para formalizar este nombramiento te entrego este anillo de latón que sustituirá para siempre los de oro y piedras preciosas que adornan tus manos". El noble hundió su rodilla derecha en tierra y aceptó el anillo y con él aceptó quedarse en ese lugar singular y dichoso en el que había encontrado el sosiego para siempre jamás, porque al fin encontró al Tío Milhombres".

"Así acaba la historia", dijo mi abuelo. Días más tarde regresamos de Oklahoma a Oregón pasando por la Cuesta Blanca y tomamos una senda que nos condujo al pie de la Cueva del Tío Milhombres. "Allí"-me dijo el abuelo-"Tuvo lugar la reunión y la pusieron nombre en su honor". Me pareció imposible que todos esos hombres cupieran en aquél lugar pero luego pensé que cualquier cosa podía ocurrir en estas dichas tierras. Salté de la yegua subí a la cueva y toqué feliz las campanas del cielo. Fue la primera vez que bajé al fondo de mi alma.